

Transgresiones de la sensibilidad

Sobre el sofá aquí en nuestro



cuarto de estar con chimenea francesa, donde la tía Bárbara se quedaba invariablemente pensativa y, sin cortarse ni un pelo a pesar de que Valeria acabase de criticar el color de sus uñas que llevaba pintadas ese día de rosa perla y “¡qué esmalte tan chabacano!”, se rascaba despaciosamente, dubitativa, cavilosamente una mejilla antes de, con cierta cautela, preguntar —: pero no lo contaste, ¿verdad?



—Sí lo conté —. Sacándose los guantes.

—¿De veras?

—Lo conté, sí; lo conté ¿Qué pasa?

Ponía entonces la tía Bárbara el grito en el cielo y decía que bendito fuese Dios.

— ¡Bendito sea Dios! — llevándose las manos a la cabeza — Gertrudis podía, ciertamente, estar más o menos mediatizada... era bastante influenciada y tal vez Herminia estuviese en lo cierto, por don Anselmo y sus teorías; pero, en atención a su memoria, permíteme puntualizar que lo que ella equiparaba con la de los conjuntos no era la vida sino la realidad.

— ¿Y qué diferencia hay con lo que yo he dicho?

Y que si o es que había algo más real que la vida. A lo que Pascual, necio donde los haya, terciaba, acompañando sus palabras con una risita tonta, que la muerte.

—Mucha diferencia.

Y que a qué vida se estaba refiriendo, de qué vida estábamos hablando.

—Pero... ¿cómo?, ¿cómo que de qué vida?

Y que, por supuesto, de la única que tenemos.

—“De la única que tenemos”, ¿eh?

Transgresiones de la sensibilidad

Sobre el sofá aquí en nuestro

Y que la única para quién.

Y que pues para quién iba a ser, y que pues para cualquiera y que maldita fuese ¡Maldita sea, sólo se vive una vez!

Y, Pascual, que con la muerte pasa exactamente lo mismo, y, mamá, que ya estaba — decía, quitándose las gafas como siempre cuando se enfadaba — hasta la coronilla, que ya estaba bien.

–Está bien, pero...

–Ay, pero pequeña, mi tesoro, si no te digo a ti — y se las volvía a poner como siempre cuando se calmaba —; no te enfurruñes.

Y que había que ver *cómo te pones por nada* y Pascual pero que..., pero, ella, que si no cerraba el pico y dejaba de enredar, *te vas a la cama ahora mismo...* ¡lo decía por mí!...

□□□

Dijo Albertina.

Albertina que, un poquito rabisquina que fue siempre, aun se rebeló con un insolente, descarado:

– ¿Y Pascual qué?

– ¡Y sin postre! – que aun sabiendo que la amenazada era yo cualquiera hubiese podido imaginar que le estaba hablando a él, tan cariacontecido, abrazado a su Código Penal sempiterno.

– ¿Pero y Pascual?

– ¡Que os calléis los dos!

Y que si o es que o no veíamos que estaban hablando los mayor... pero “me callaré” me dije. Dijo.

□□□

Y que la tía Bárbara la miró entonces como si se terminara de despertar o saliese de un trance del que regresaba sin comprender cuándo o dónde o para qué me habré pintado yo estas uñas y le preguntó, a ella,

Transgresiones de la sensibilidad

Sobre el sofá aquí en nuestro

Albertina, si estaba segura de lo que terminaba de decir; y Albertina sin despegar los labios asintió con la cabeza que sí.

Y se las miró, las uñas, Bárbara, y con la misma expresión un poco ausente insistió en «¿seguro?».

Y cuando Albertina volvió a asentir con cabeceos alzó ella la mano derecha para, con cuidado, muy levemente, dar un par de toquecitos con la del pulgar sobre el labio inferior para comprobar que el esmalte había secado bien.

Y debió de ser que no lo notó del todo seco porque exclamó un casi lastimero «¡oh; no!» y se quedó con las manos abiertas, en el aire, como sin saber qué hacer con ellas aunque, como no era Bárbara al parecer persona que se amilanara ni achicase ante la adversidad, se rehízo con bastante presteza y se puso de pie.

Y recorrió con paso lento la distancia que la separaba de la niña para, acuclillada ante ella, prácticamente de rodillas y forzando con suavidad a que por efecto de la ligera presión ejercida por el reverso de su mano bajo la barbilla alzase a regañadientes la cabeza, en tono ahora decidido pero afable inquirir «¿y tenía que ser “ahora”?».

Y Albertina volvió a cabecear.

– ¿Justo “ahora”?

Más cabeceos.

– ¿Y “aquí”?

Nuevos cabeceos.

– ¿Justo “aquí”?

Y hubiera vuelto Albertina a los cab... pero «¡ya basta!»; pronunciado con autoridad por Basilia, que se acercó y la agarró por la muñeca y de un tirón la obligó a ponerse de pie.

Ella dijo entonces «no: si ya veo».

Y se miró otra vez las uñas; y otra vez dio un par de toquecitos leves con la del pulgar sobre el labio inferior; y como viese por lo visto que ahora sí estaban bien secas dijo que le parecía muy bien porque otros defectos tendría esta mocosa pero mentirosa no era aunque sí, y a la vista estaba, terriblemente terca y, además, era algo que hacía mucho tiempo que se venía viendo venir de modo y manera que no tenía por qué ser yo, ella, precisamente, que había de suponerse tenía que estar al cabo de la calle y

Transgresiones de la sensibilidad

Sobre el sofá aquí en nuestro

bien empapada, quién se llevase — en un arrebato de cinismo o de amnesia o de idiotez... *que ya concretaremos* precisó *cuando hayamos salido de este berenjenal y tú*, a mí, que tomara nota con letra bien grande que no quiero que me vuelva ni a ella ni a nadie a pasar cosa semejante en ninguna de las vidas que nos queden por vivir otra vez — las manos a la cabeza.

Pero que, como rectificar es de sabios, dijo...

Y sin terminar la frase volvió a la niña, y sin más preámbulos ni contemplaciones la puso de pie, y la colocó en el centro del salón y, allí, delante de todos, proclamó triunfal «¡esto es exactamente lo que yo quería decir!».

—“¿Esto?” — contestaba la otra, mirándola de arriba abajo arrugando la nariz como si fuera poca cosa.

—Sí: esto — Y la zarandeaba y le clavaba las uñas y ella no gritaba no por lo del postre sino porque aunque le hacía daño era sin querer —: que la niña, sin darse cuenta... ¡¡porque lo has hecho sin darte cuenta!! — y que “¿verdad?”. Pero ella sólo asentía con la cabeza para no enredar más —: que la niña, sin saber lo que hacía ha...

— Pero ¿cómo que sin saber lo que hacía si estaba todo el rato dando la tabarra al pobre Pascual? — mamá.

—Bah, no se preocupe por eso. A mí no me molesta, son cosas de niños.

—Sí, Pascual; pero cosas de niños muy descarados — y mamá le clavaba los ojos meneando la cabeza y enfatizando mucho niños y descarados y —: usted es que es una persona muy sufrida.

Y, ella, ahí callada, en el centro del salón con las uñas de la tía Bárbara clavándosele hasta que ellos se callaban también, y entonces aflojaba un poquito, y haciéndole menos daño:

—No os habéis dado cuenta. Nadie se ha dado cuenta. Y es comprensible porque todos estamos aquí, viéndonos y oyéndonos, y sabemos... creemos saber, al menos, qué estamos viendo y oyendo, pero imaginaros a alguien que no estuviese aquí, ¿qué pensaría?

—Pues — papá, tan despistado — como si no está ni ve ni oye...

—Que oyera o viese sólo de forma parcial, incompl...

—Ah pues — mamá — no creo que pensase nada raro. Somos una familia muy normal... ¡Porque Pascual es como de la familia, claro!

Transgresiones de la sensibilidad

Sobre el sofá aquí en nuestro

– ¡Bueno — papá, tan despistado —; Pascual como el que más!

–No, ya, si eso sí — impaciente la tía, por hacerse entender, que le estaba volviendo a clavar las uñas; a ver si acababan con aquello de una vez — pero yo, a lo que me estoy refiriendo es a que, cualquiera que no estuviese aquí presente pensaría que...

–Sí — papá, tan despistado —: que nos estamos... bueno, estábam... ¡o estamos! moviendo en nuestro presente y en nuestro pasado a la vez porque, si la niña... y Pascual, están aquí los dos, y la niña decía que Pascual decía...

–Y eso no puede ser — la tía Angelines.

–Pero es — la otra —: y aquí estamos.

–Eso, mira, es verdad — mamá —: aquí toda la tarde, que fíjate qué hora es ya y sin haber sacado nada en claro.

Y que venga, vamos a cenar algo y a dormir que nos estamos cayendo todos de sueño mañana seguiríamos y, a Pascual, que esperaba que no le disgustase la habitación que le hemos preparado como usted es tan... pero que ya sabía que, como la casa no era muy grande, no tenían otra y, bueno... en fin, dando un suspiro, era la del pobrecito Pascual.

Y, a ella, de pie en el centro del salón, vamos chiquitina, que ahí adormilada en tan mala postura te va a doler el cuello.

– ¿Y Pascual?

Y que pues debajo de la mesa, como siempre, y que esa es otra, que aún lo tenemos que sacar.

□□□

Y Gema, que con tanta confusión y tanto cambio de escenario y decorado había ido perdiendo ahora un poquito aquí luego un poquito allá parte de su irresolución o cortedad o timidez, dijo que... bueno, podría servir si no quedaba más remedio, pero a ella le parecía que era una solución que, además de alejarse tanto en el tiempo como en el espacio como sobre el papel de su idea... o, bueno, la de Gertrudis en realidad original, no acababa de parecerle ni buena del todo ni original en realidad haciendo, sin darse cuenta, saltar irritada y casi fuera de sí a [la señorita Oriana](#) como era tan...